

RESEÑA CRÍTICA¹

Geopolítica feminista y el “ojo anti-geopolítico”

Sharp, Joanne (2005).- *Guerra contra el terror y geopolítica feminista*. Artículo. En *Tábula Rasa*, nº 3, enero-diciembre 2005, pp. 29-46. Ed. Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca. Bogotá, Colombia.

El artículo ha sido traducido del manuscrito en inglés por Mauricio Pardo.

La vindicación de la inclusión del impacto de las relaciones geopolíticas sobre los cuerpos concretos de las mujeres es parte de la propuesta crítica “anti-geopolítica” que Sharp viene desarrollando desde hace casi dos décadas en la Universidad de Glasgow (Escocia) desde su cargo de Profesora y Jefa Adjunta de la School of Geographical and Earth Sciences (Escuela de Ciencias Geográficas y de la Tierra). A partir de sus trabajos vinculados con la geografía feminista, cultural y política y de sus intereses por las posiciones poscoloniales y críticas, Sharp desarrolla líneas de investigación diversas que podrían agruparse en lo que se ha dado en llamar geopolítica crítica, término acuñado por Gearóid Ó Tuathail a fines de los años 80 y, posteriormente, desarrollado por Simon Dalby quien, además, mantiene que se hace necesaria la incorporación de la perspectiva de género en las propuestas de la geopolítica crítica.

En su artículo, Sharp recoge la tradición de la geopolítica crítica pero va más allá al insertar en el centro de la misma el impacto de las teorías, enfoques y prácticas geopolíticas estatales e internacionales en los cuerpos concretos de las mujeres y en su vida cotidiana. Partiendo de un análisis del impacto de los acontecimientos del 11 de Septiembre de 2001 en Estados Unidos, llega a la evidencia de una nueva territorialización (concreta) de las tensiones conflictivas entre países y regiones del mundo que no hacen sino afectar e impactar directamente sobre la vida de las poblaciones donde el conflicto se hace concreto y, de manera específica, sobre las vidas de las mujeres.

¹ Elena Apilánez Piniella (Gijón, España) es Profesora de Enseñanza Básica y Licenciada en Pedagogía. Cuenta con estudios de posgrado en Género y Cooperación Internacional para el Desarrollo y una Maestría en Estudios de Mujeres, Género y Ciudadanía. Actualmente está cursando la Maestría en “Estudios Críticos del Desarrollo” en el Postgrado en Ciencias del Desarrollo (CIDES) de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA), La Paz (Bolivia) y el Diploma Superior en Políticas Públicas para la Igualdad en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

En este sentido, dos son las ideas principales en el texto de Sharp; por un lado, como ya indiqué más arriba, la evidencia de una nueva territorialización del conflicto a partir del llamado 11S en el que reaparecen las concepciones maniqueas inherentes al “discurso de la guerra fría de nosotros-ellos, interior-exterior, bien-mal...” (2005:32) y, por otro, el cuestionamiento de la representación de las mujeres en las narraciones tradicionales y hegemónicas de las relaciones políticas internacionales haciéndose, al efecto, dos preguntas:

¿Es posible una geopolítica feminista, o la arquitectura de las discusiones geopolíticas la reducen a una forma masculinista de razonamiento?

¿Es posible una forma de pensar acerca del territorio y de la pertenencia sin recurrir a una identidad basada en la construcción de fronteras, geografías del interior y del exterior, y en la exclusión de lo diferente? (2005:35).

La inserción de la mirada feminista en la geopolítica que propone Sharp da como resultado, entonces, una profundización y una ampliación del alcance analítico de la geopolítica crítica y hace visible el hecho de cómo las prácticas del poder en la política y en las relaciones internacionales afectan directamente las relaciones de género y, específicamente, al uso deliberado de los cuerpos y de las identidades de las mujeres en los conflictos internacionales que, de manera más profundizada, se advierte en el momento en que dichos conflictos se desarrollan en territorios poscoloniales.

¿Cómo mantenerse impasible ante el impacto directo y específico en los cuerpos de las mujeres de, por mencionar algunas, la guerra en la ex-Yugoslavia entre 1991 y 1999, la guerra en Ruanda en 1994 o la guerra en Sierra Leona entre 1991 y 2002 si, hasta la Corte Penal Internacional de La Haya, creó tribunales penales internacionales *ad-hoc* donde se estableció, entre otras, jurisprudencia internacional para casos de violación como arma de guerra, violación como tortura y violencia sexual masiva como acto de terrorismo, situaciones todas ellas que afectaron única y exclusivamente a las mujeres? Eso, por no enumerar las consecuencias *específicas* sobre las mujeres (me refiero, principalmente, a su integridad sexual) de conflictos bélicos más recientes en el Medio Oriente o por no profundizar en el continuado cuestionamiento del comportamiento “sexual” de los Cascos Azules de Naciones Unidas en algunos de los conflictos internacionales mencionados.

Respecto a la primera de las ideas esbozadas por Sharp, la territorialización del conflicto en el discurso difundido por Estados Unidos tras los atentados del 11S remite a

la tesis del *Choque de Civilizaciones* de Huntington (1993), que de manera desafortunada argüía que los patrones geopolíticos de la guerra fría serían reestructurados alrededor del

conflicto cultural, más precisamente entre el oeste secular-cristiano y la cultura islámica, que veía como intrínsecamente incompatibles (2005:32).

En efecto, un importante mecanismo de adoctrinamiento con ambiciones hegemónicas se pone en marcha tras el 11S incluyendo, no sólo el diseño de las más creativas estrategias geopolíticas de dominio cultural local-global (Estados Unidos extiende el compromiso de su “lucha contra el terror” a sus aliados más cercanos en todas partes del mundo haciendo que tal narrativa se convierta en algo creíble a los ojos de otras sociedades no norteamericanas), sino también un importante proceso interno de militarización de la vida cotidiana y de los medios de comunicación del país (¡y hasta de los juegos!) en pro de un aglomerado simbólico fuertemente nacionalista y unificador contra *el otro*; discurso éste que, además, cuenta con un carácter explicativo y justificativo suficiente y se construye, por tanto, como una narrativa perfectamente elaborada para hacerla plausible y fácilmente interiorizada por la sociedad norteamericana. Las dudas y las críticas sobre las decisiones geopolíticas y las narrativas asociadas que pudieran emitir voces disonantes dentro de las fronteras de Estados Unidos y, en mayor escala, fuera de ellas, resultaban, por tanto, sospechosas.

Tal y como acertadamente apunta Sharp, “la reterritorialización de la cultura política americana está siendo recreada a través de la sociedad” (2005:33) de tal forma que se logra masificar en la opinión pública norteamericana la reconstrucción del *otro* abstracto, deslocalizado, sin visos de identificación concreta posible que, al mismo tiempo, es capaz de introducirse en las fronteras de Estados Unidos (quizás, ya estaba allí) y mantener amplias y bien financiadas redes de apoyo en diversos lugares del mundo: se hace necesario devolver el golpe, la osadía, “bombardeando a alguien sin realmente saber a quién” (2005:34). No tardó mucho la geopolítica norteamericana en poner territorio y fronteras a ese alguien no identificado: Afganistán recibirá el primer golpe y le seguirá Irak.

Mientras que en el exterior se actuaba *geopolíticamente*, en el interior de las fronteras estadounidenses se actuaba *corporalmente*, es decir, se identificaba con precisión al enemigo (cualquiera que recordara o tuviera la simple apariencia árabe) y se revisaba la legislación anti-terrorista para adaptarla a las nuevas circunstancias de emergencia nacional. La emergencia del *otro* (¡en casa!) potencialmente peligroso, terrorista y estéticamente marcado –al decir de Sharp- irrumpe en el imaginario cotidiano de la sociedad norteamericana.

Y ello lleva a la segunda de las ideas desarrolladas por Sharp: no sólo las mujeres, sus voces y sus intereses, permanecen ajenos a las decisiones geopolíticas y a las relaciones internacionales sino que sus cuerpos, aunque “están intrínsecamente inscritos en las relaciones internacionales, sin embargo lo son frecuentemente en niveles mundanos o cotidianos” (2005:35). Para inscribir las acciones de las mujeres en el mundo de la geopolítica, Sharp evoca la propuesta del “ojo anti-geopolítico” (desarrollada por Ó Tuathail) que propone ver

el mundo desde un punto de vista fácilmente reconocible, es una posición que toma la responsabilidad de su representación *desde alguna parte*. Las geografías políticas producto de un ojo antigeopolítico acentúan la proximidad de la moral y la ira: no es distanciado ni desapasionado, justo ni irónico, pero se enfurece ante la injusticia, la explotación y la subyugación, quiere ver un cambio (2005:36).

La propuesta de asumir el “ojo anti-geopolítico” supone, para Sharp, dos opciones o, más bien, dos decisiones epistemológicas que interpelan los postulados tradicionales de la geopolítica; por un lado, el reconocimiento del impacto de las decisiones y acciones geopolíticas en los cuerpos de las personas (y, en este caso, específicamente en los cuerpos de las mujeres) y, por otro lado, la necesidad de reconducir los análisis geopolíticos desde escalas internacionales a escalas locales, pasando por las escalas nacionales.

La geopolítica feminista adopta, entonces, la posición del “ojo anti-geopolítico”, arguyendo la necesaria territorialización y corporeización de los análisis geopolíticos ya que éstos -y las decisiones emanadas de los mismos- modifican las vidas cotidianas y elaboran discursos *ad hoc* (más o menos duraderos) que, finalmente, pueden justificar violencias o excesivas victimizaciones de las personas. En este sentido, Sharp mantiene que

es necesario pensar más claramente sobre las bases del discurso geopolítico en la práctica (y en el lugar que ocurre) para conectar la representación internacional a las geografías de la vida cotidiana; para entender las maneras en que lo nacional y lo internacional se reproducen en las prácticas mundanas que damos por sentadas, y «para reconocer la interconectividad de las formas de violencia que no siempre reconocemos como conectadas o para el caso, como formas de violencia» (s.f. Sassen) (2005:36).

Para sostener su argumentación, Sharp recurre a variados y diversos ejemplos así como a perspectivas críticas geopolíticas y feministas (Ó Tuathail, Dalvy, Enloe, Sparke, Tickner o Hyndman, entre otras) que se interrogan acerca de cómo los discursos geopolíticos

hegemónicos, contruidos tras conflictos violentos internacionales (principalmente, para justificar las decisiones políticas), modifican las percepciones de las personas de los países emisores de los mismos e impactan en las vidas cotidianas tanto de éstas cuanto de aquellas hacia las cuales se dirigen las narrativas.

De igual forma, adopta la *posición situada* en su argumentación e introduce pasajes personales para ponerlos en relación con la opción “anti-geopolítica” que asume: el relato de su experiencia en Egipto y de la modificación de sus concepciones “heredadas” sobre las mujeres *otras* es un buen ejemplo de cómo las narrativas geopolíticas tradicionales construyen y permean las ideas de la gente. Sharp se enfrenta, en este caso, a sus ideas preconcebidas sobre el uso del velo (*hijab*) para reconocer, finalmente, que “el uso de imágenes de género en imaginarios de geografías internacionales tiene que hacerse con sumo cuidado” (2005:40) y, al respecto, muestra un irónico diálogo geopolítico:

Arundhati Roy (2002) dice, «se está haciendo creer que el propósito de la guerra era derribar el régimen Talibán y liberar mujeres afganas de sus burkas. ¿Nos están pidiendo que creamos que los infantes de marina de EE.UU. están en una misión feminista?» Pero ella enfatiza que hay otros lugares donde tratan a las mujeres muy mal (incluyendo al aliado de los EE.UU., Arabia Saudita, pero también en Asia del Sur) y entonces, «¿deben ser bombardeados? (...). ¿Podemos bombardear todo hasta obtener un paraíso feminista?». El bombardeo de Afganistán continuó con este «objetivo feminista», a pesar de las súplicas de la Asociación Revolucionaria de Mujeres de Afganistán (RAWA) para detener el bombardeo (2005:41).

No creo que nadie a estas alturas pueda creerse o mantener que Estados Unidos emprendió un conflicto bélico de tan importante magnitud para defender, entre otros, los derechos de las mujeres en Afganistán o de cualquiera de sus pobladores (a la vista están los resultados)... ¿O sí?

En fin, más allá de las ironías, de lo que trata la geopolítica feminista es de analizar las relaciones internacionales (incluyendo la seguridad) en clave corporal; es decir, en tanto las acciones geopolíticas afectan e impactan en las personas concretas -y en las mujeres, especialmente-, se hace necesario, según Sharp, cuestionar e, incluso, “enfrentar” las versiones militarizadas de las mismas así como sospechar de los análisis que postulan “una identidad que necesita la protección del peligro presentado por un otro diferente y externo” (2005:42). Estas narrativas remiten a construcciones identitarias dicotómicas y enfrentadas que impactan muy profundamente las relaciones entre diversas poblaciones humanas y, por ello, como argumentan Beeson y Bellamy (cit. Sharp, 2005:44), es preciso trasladar la unidad de análisis geopolítico desde los Estados hacia las personas.

Sin embargo, aunque Sharp intenta aproximarse al desarrollo conceptual de una geopolítica feminista a partir del análisis de momentos concretos parece faltar aún la definición en sí misma; el potencial que parece tener la propuesta de “seguridad humana” que defienden Beeson y Bellamy más bien se presenta, en el artículo, como un punto y seguido argumental sobre el que habría que profundizar. Al respecto, Dalby (1993) propone, como punto de partida para inscribir el análisis feminista en la geopolítica y las relaciones internacionales, fijar la atención en revisar críticamente

las implicaciones de las definiciones militarizadas de la ciudadanía (territorial), el uso de nociones machistas de energía, espacio y seguridad, y la representación de las mujeres en los conflictos mundiales, para arrojar luz sobre lo espacial ‘que se da por sentado’, aspectos espaciales de la rutina de la operación del poder (1993:596).

Sin duda, Sharp se aproxima a la necesidad apuntada por Dalby en cuanto que logra poner en duda, críticamente, las bases fundamentales de la geopolítica tradicional realista que, tal como se muestra, tienen que ver con las preocupaciones *masculinas* en la política internacional altamente militarizada: la seguridad, la guerra, el poder, el dominio, la competencia o la heroicidad son, todas ellas, proposiciones típicamente patriarcales.

La academia feminista se ha preocupado muy recientemente por analizar estas cuestiones y las relaciones entre las proposiciones clásicas de las relaciones internacionales y el sistema patriarcal dominante. En todo caso, la geopolítica feminista parece constituirse en una confluencia de perspectivas analíticas y teóricas que van desde las relaciones internacionales a la teoría política, pasando por la sociología y los estudios críticos feministas sobre la división público/privado y su manifestación en la construcción de los espacios políticos internacionales que hasta ahora conocemos.

La novedad y las contribuciones de los trabajos de Sharp y de otras geógrafas políticas feministas -Cynthia Enloe, entre las más destacadas- es poner en tela de juicio las relaciones de poder internacionales basadas, precisamente, en la razón masculina que permea las ideas sobre la seguridad estatal (por encima, obviamente, de la seguridad humana a la que aluden Beeson y Bellamy) e internacional. El pacifismo feminista al estilo de la Women International League for Peace and Freedom, por ejemplo, fundado en La Haya en 1915 y con cien años de funcionamiento (cuyas premisas fundamentales han sido garantizar la paz mundial de forma sostenible y la seguridad humana por encima de la seguridad estatal), así como todo el amplio repertorio desarrollado por innumerables grupos de mujeres en muchas partes del mundo contra la guerra y a favor de la paz (Mujeres en Negro o Mujeres en Zonas de Conflicto, por ejemplo), cuestionando la concepción eminentemente militarista de las relaciones y de la seguridad nacional e

internacional, ha pasado desapercibido por los estudios de la geopolítica tradicional manteniendo en la invisibilidad las propuestas y acciones colectivas de las mujeres a favor de la paz.

Tal y como Enloe defiende, “lo personal es internacional” (1997: sin paginar); sin embargo, ella misma propone leer el párrafo al revés puesto que “lo internacional es personal (y) nos obliga a imaginar algo nuevo, cómo se alían los gobiernos unos con otros, cómo compiten entre sí y cómo se hacen la guerra” (1997: sin paginar). Y continúa irónicamente que

para funcionar en el ruedo internacional, los gobiernos necesitan el reconocimiento de su soberanía por parte de otros gobiernos; pero, además, sostener que ese sentido de nación autónoma se alimenta de las ideas sobre que la dignidad es cuestión de hombres y el sacrificio es tarea de las mujeres (1997: sin paginar).

Bibliografía

Dalby, Simon (1993).- *Gender and critical geopolitics; reading security discourse in the new world disorder*. En *Environment and Planning D: Society and Space*, 1994, volume 12, p. 595-612. (En línea) <http://epd.sagepub.com/content/12/5/595.full.pdf+html>

Enloe, Cynthia (1997).- *Lo personal es internacional*. (En línea) [mujerpalabra.net: http://www.mujerpalabra.net/activismo/pacifismo/pacifismofeminista/lopersonaleslointernacional.htm](http://www.mujerpalabra.net/activismo/pacifismo/pacifismofeminista/lopersonaleslointernacional.htm)

Women’s International League for Peace & Freedom – (En línea) <http://wilpf.org/>